

Bibliografía

JUAN P. RAMOS: *El amor del arte*. Editorial Huarpes. - Buenos Aires, 1949.
8º - 390 páginas.

Cuando se trata de dar un juicio sobre una obra de carácter exclusivamente científico, histórico o literario, no se tropieza más que con las dificultades que le pueden oponer a uno, el mayor o menor conocimiento de la materia a tratar, o la mayor o menor precisión en captar los problemas centrales y desentrañarlos lealmente. Cuando se trata de una obra estrictamente personal, de carácter autobiográfico, las dificultades son distintas: el juicio tendrá necesariamente algo o mucho de personal. Dicen que no existen dos almas que lleven al mismo ritmo sus vidas. Por lo tanto, ni sus ideas, sentimientos y apreciaciones. Sólo expongo las impresiones personales sobre el espíritu del autor que evidentemente se transparenta en casi todas las páginas, y dos o tres puntos particulares.

Doblada la última página, se tiene la impresión de haber pasado a través de un libro pleno: un libro en el que el autor juega en medio de un lenguaje casto, flexible y exquisito, con uno de los valores que más se adentran en la vida del hombre, y que gravita sobre él desde el comienzo de su historia: el sentido de lo bello en la creación artística. Se vive por unas horas, la profundidad de ese elemento verdaderamente vital en la vida integral de todo ser humano, que comienza y vive con el hombre, y que refleja en cada uno de sus pasos, de sus actitudes, de sus angustias y esperanzas, en cada una de sus aspiraciones y envilecimientos, toda la vida humana y su destino trascendente.

Y se lo vive a través de una vida rica en experiencias, sensibilidad y cultura poco común, respaldadas por la sabiduría de un ilustre maestro, sabio reconocido en nuestros ambientes de alta cultura jurídica, como en el extranjero, que une a su ciencia las cualidades de eminente escritor, y crítico en sus momentos de ocio; se lo vive a través de una vida que ha vibrado con todo lo humano, tal vez porque ha vibrado con lo divino; en una vida que llega a Dios por todo lo bueno, lo amable, lo bello que evoca en este mundo la fuerza ingente del sentido religioso del hombre.

El amor del arte, de Juan P. Ramos, no es una estética ni un tratado sobre la belleza, pintura o problemas afines. Es ante todo una autobiografía. Es el diario de un artista de espíritu aristocrático, como diría Gálvez, negando a esta palabra lo que Gálvez le niega y dándole el valor que él le da: distinción, don casi congénito que se nutre de la herencia, del ambiente y de las inclinaciones personales cultivadas con selección, y que invisten de la única aristocracia que existe, que no es la de la fortuna ni de las maneras, sino la del espíritu.

Y es una autobiografía, porque es el itinerario de una de sus más fuertes inquietudes, infaltable en quien sabe vivir y sabe penetrar en los misterios de la vida superior: el sentido misterioso de lo bello. "No hay itinerario que no

lleve al viajero a su propio mundo interior, aunque viaje por huir del suyo". Y este itinerario, espiritual, nos lleva al alma del autor. Con su libro, vamos recorriendo las galerías de Europa, cuna y fuente de nuestra civilización cristiana, no "como un turista vulgar, que puede ser un príncipe, un millonario, un escritor o un cadete de tienda, que pasa al lado de los tesoros sin descubrir su hermosura" y captando solamente un elenco más o menos extenso de nombres famosos que podemos encontrar fácilmente doquier, sino como el artista o el santo que van buscando el alma de las cosas y su profunda significación. Los museos de la vieja y cansada Europa que parece siempre joven por la vida que encierra en sus monumentos, en sus viejas ciudades, en los rincones de sus villas, o en sus barrios estrechos y oscuros, van ofreciendo al autor los pibotes donde insensiblemente e ingenuamente apoya reflexiones sobre los problemas más trascendentales del arte. Ramos "halla constantemente en los vericuetos de su ruta, "su propia alma, al hallarla en cada cuadro, en cada rincón, en cada obra artística; lo halla en esas ciudades, que son infinitamente más ricas que los paisajes, por ser albergue de hombres, que es el único gran valor del universo, y porque en ellas dejan talladas todas las inquietudes y deseos, aspiraciones y torpezas con que van salpicando su interrumpido camino hacia Dios.

Las cosas evidentemente son muchas veces más generosas que los hombres. Tal vez porque están llenas de evocaciones que nos acercan a los mismos hombres y a Dios, más de lo que creemos. Sólo se requiere una cosa para poder vivir con plenitud la rica vida que nos depara la existencia a cada uno de nosotros: saber escuchar ese mensaje que nos traen las cosas: saber vivir, oír y amar la vida, don primigenio de Dios al hombre, con todos sus pequeños grandes detalles: Juan P. Ramos nos descubre en estas páginas, auténticamente personales, esa cualidad tan rara entre los hombres "apurados" de nuestros días.

Y sin quererlo, pues no pretende "filosofar" plantea el problema, que tanto afecta a nuestros medios intelectuales, universitarios, estudiantiles, a nuestra enseñanza media semiacéfala: la educación del hombre para la vida, en uno de sus aspectos más importantes, aún por la gravitación moral y religiosa que tiene: la capacitación del espíritu del hombre, del joven, del niño para que aprenda a vibrar con todo lo grande, lo bello, lo bueno. Una fina ironía esmalta las primeras páginas del libro, abriendo al mismo tiempo el problema del amor y sentido del arte, que Ramos desarrolla a lo largo de su libro. Frente a la famosa "Dentelliere" de Vermeer, en el Louvre, el autor se encuentra con un compatriota, hombre de gran mundo y eminente profesor universitario, pero que ignora la belleza. Sabio, pero que ignora uno de los elementos que más conviven con todas las alternativas de la vida humana, y uno de los valores más solidarios con lo humano y lo divino.

Quizá parezca estulticis querer retomar el problema "ab ovo", o como diría un orador sagrado, comenzar de Adán y Eva. Baste insinuarlo. Somos lo que somos por el factor hereditario que constituye nuestro temperamento, y por el elemento refundible y educable que realizará nuestro carácter: en la vida, en sus resoluciones y determinaciones, en sus normas y criterios, nunca dejará de ponderar decididamente el factor educaciones que se lo dividen el padre, la madre y la escuela; aunque hoy día uno le pase ceremoniosamente el fardo al otro. Creo que se puede afirmar que hoy, tanto el hogar como la escuela enseñan más a mirar que a ver y a gozar; más a encasillar millares de conceptos, a

pasar superficialmente sobre los momentos de la vida, que a penetrar en su sentido y en su fin grande y trascendente. No se enseña a valorar y sentir lo bueno y lo bello, lo humano y sus valores atemporales, "en nuestros tiempos de arte industrial, de comercio de arte, de vida en masa, sin un sentido de trascendencia", como lo afirma el Dr. Ramos. Por la fuerza de la enseñanza que ha sustituido a la educación, el "turismo en pandilla" ha arrinconado a los ángulos de los museos las obras que en otras épocas levantaban todo un ambiente, cuando todavía arte y vida no se habían divorciado. Sólo la vanidad y el snob impulsa a caravanas insensibilizadas a pasar frente a obras preñadas de belleza, tan fría y oficinescamente como delante de un quiosco de curiosidades, sobre las que podrán; hacer comentarios secos y vulgares delante del gran mundo.

La posición contraria está encarnada en el espíritu, porque nos lo dice su libro, de Juan P. Ramos. Se diría que al pasar por las páginas de este libro, que se está sintiendo el alma de un clásico. Tal es el equilibrio y el atecismo con que penetra los más oscuros y difíciles problemas que filósofos y estetas han querido penetrar con menos fortuna muchas veces, en centenares de volúmenes.

Es un espíritu netamente clásico. La esencia de la belleza, las teorías, escuelas y pintores, la obra artística y sus formas, el genio y la inspiración, la intimidad de la belleza y su expresión, lo barroco y su trascendencia, el valor emocional del arte, el cubismo y las convenciones del arte, y cien aspectos más, son tocados serenamente por rápidas pinceladas, acotaciones y comentarios estupendamente certeros y amplios, totales en la apreciación de los valores, y por lo tanto profundamente filosóficos.

Y digo filosóficos, a pesar de que el ilustre polígrafo argentino, renuncie desde un principio a ello. No me parece enteramente exactas ciertas apreciaciones del autor respecto de las relaciones entre filosofía y contemplación de lo bello. Juan P. Ramos adjura repetidas veces de todo posible enfeudamiento en una determinada filosofía o escuela estética, al contemplar lo bello. Antes de preguntar a nuestro académico, si su posición es justificada, o se halla ratificada por los hechos, es necesaria una aclaración. Creo que filosofía, no es sólo Dialéctica, metafísica o psicología, como las podemos encontrar en cualquier manual (que son por otra parte los peores enemigos que tiene la filosofía, como lo afirmó hace poco Maritain). Filosofía es una respuesta explícita al inevitable buscar humano de una norma objetiva de vida, mediante los instrumentos naturales: es lo que reza la vieja y siempre nueva fórmula escolástica, en otros términos. Por lo tanto la filosofía no puede ser meramente geométrica. Lo conceptual es el núcleo del pensamiento filosófico. No podemos llevar por más tiempo la carga de una filosofía que nos deje solos en el comer y en el rezar y en el gozar, como bien lo afirma un joven escritor de nuestros días. Hay que llenar el abismo ontológico abierto por dos siglos de racionalismo, entre filosofía y vida.

Puestas estas inteligencias, creo que la posición de Juan P. Ramos, no es afilosófica como lo pretende. Creo que es a las veces un filósofo clarividente. Y creo que en nuestras escuelas de arte y filosofía, la estética se debería abordar con un libro como el presente. ¿Por qué? Porque en él se integran estupendamente filosofía y vida. Se penetra en el misterio del arte, en "el mayor de los milagros del hombre", a través de la integración auténtica y total de los valores humanos y divinos. Se responde filosóficamente, humanamente al problema del arte. La pregunta del ser humano es su existencia y aquello que convive con su existencia: pero exige también una respuesta solidaria con la existencia y con

su fin trascendente. Por eso también llega Juan P. Ramos naturalmente al problema de Dios, humanamente tan ligado al problema de lo bello, como lo podrían demostrar el reencuentro con Dios de muchos convertidos modernos, como Claudel, Unset y otros.

Llega a la vinculación esencial del sentido de Dios con el sentido del arte. "Los pueblos primitivos fueron más artistas que nosotros por estar más cerca de la idea de Dios, presencia total que traspone en sus obras, los límites del tiempo y del espacio. Tal vez el primer sacerdote fué el primer artista". Encuentra, en una palabra, en el misterio del arte, el contacto con la divinidad creadora.

Es pues filósofo aunque rechace, y justamente, toda definición que solo sintetiza el apriorismo del que la forjó. Ni es relativista: se adhiere a los valores absolutos en el arte. ¿A qué se llegaría de otra manera? Definición, bien entendida, es dar razón. Y al preguntarnos acerca del arte, queremos poner una luz a esa emoción plenificante. Queremos vislumbrar su origen y su gravitación en lo espiritual del hombre. A quien no ha gozado, la definición es sólo una absurda disecación de escuela: al que goza y posee, purifica, fecundiza, hace encontrar y gozar misterios más profundos. La metafísica al investigar y desentrañar las profundidades del ser y de la existencia, no esteriliza la capacidad de visión y ascendimiento, sino que valora la posesión del ser y enriquece la misma existencia.

Un punto que no quiero dejar de notar, es la analogía de conclusiones que va dejando a través de su libro, respectos de las conclusiones a que llegó Bremond al adentrarse en el misterio de la poesía y del arte. La crítica del arte es limitada si al querer definir la belleza absoluta, se la encierra en cánones más o menos limitados de perspectiva, luz, color o armonía. De ninguna manera si la definimos, no en función de una metafísica, o de una sociología, psicología, fisiología o interpretación histórica, sino en función de quien da sentido a todas esas palabras, que es el hombre: en función del sentido más íntimo y profundo que vitaliza al hombre, que es el sentido del misterio y de Dios, su fin último. En él encontramos el sentido más sereno y profundo de lo bello. Es ese "no sé qué que los cuadros nos quedan balbuciendo" como dice Juan P. Ramos. Allí está el arte. Cuando carecen de eso, no lo hay. Por eso, tal vez, sea la intuición la única posición legítima del espectador, del artista y del filósofo esteta.

Ojalá se multipliquen en nuestros ambientes intelectuales y humanísticos, libros como el de Juan P. Ramos. Aunque esto supone que existen entre nosotros muchos espíritus como el del académico argentino. Esto último podría ponerse en duda.

ROBERTO BRIE S. J.

LAURO AYESTARAN. — *La música indígena en el Uruguay*. Montevideo 1949. 4º, 36 pp.

"Es la voz de la llanura y del río", dijo Anatole France al conocer el "Tabaré".

Síntesis admirable del poema, sin duda, pues él encierra, como lo hace la epopeya, todo lo que en ese "mundo" americano existía, desde la Creación hasta los días de la Conquista.

"El Uruguay y el Plata
Vivían su salvaje primavera".

Al iniciar la lectura del libro de Ayestarán, han venido estas reminiscencias, y me iba interrogando, ¿cómo este escritor no cita al gran bardo uruguayo? Porque oportunidades no faltan.

Hasta que en sus páginas finales, la cita inevitable.

Porque si este análisis que nos ocupa, apura el tema hasta sus últimas y más entrañables etapas, y apoyándose en la ciencia musicológica y en documentos, autores e instrumental, *re-crea* toda una época y una cultura, no hay duda que, sin desmedro para esa paciente y lograda labor del hombre arqueólogo, eso estaba dicho por el hombre poeta, en este caso, el propio Zorrilla de San Martín.

En efecto; el poeta —y él mismo lo dice— llega hasta la región goetheana de las madres, y ahí le son reveladas las verdades, para que las entregue a los hombres.

Lo que el poema ha recogido y ha guardado en sus cantos —concretémosnos al asunto musical— es la vívida realidad, la auténtica verdad, que, si algún eslabón momentáneamente perdido, pudiera hacer dudar o desviarse al científico, mil otras razones se unen afianzando el vaticinio.

Lo que él ha articulado, lo que recibió de ese más allá que él puede zondear, es la etérea visión para las almas y que la llanura y el río vírgenes supieron conservar para entregarla a quien la hizo vivir para la gloria.

Sobre las tierras de América, anduvieron todas las ondas musicales. Las de sus frondas, las de sus ríos, las de sus aves, las de los instrumentos panidas de los indios, y, no hay duda, la de los propios dioses agrestes que, acaso, no se han ido del todo todavía.

Y eso que recibió el poeta por visión lejanísima, "del fondo de su alma", la somete ahora a fórmula el hombre de análisis.

Para nosotros es uno de los grandes méritos del estudio de Ayestarán.

VIDAL FERREYRA VIDELA

FEDERICO A. ESCALADA. — *El complejo "Tehuelche". Estudios de etnografía patagónica*, Buenos Aires, Imprenta y Casa editora "Coni", Perú 684, 1949. 8º - XVII + 360 pp. con XVIII láminas.

Con la presente obra inicia el Instituto Superior de Estudios Patagónicos, de Comodoro Rivadavia, sus publicaciones. El autor de la misma, doctor Federico A. Escalada, actualmente comandante médico de Gendarmería Nacional, ejerce desde hace ocho años la medicina en la zona donde ha realizado sus estudios y en ese lapso se ha dedicado tesoneramente a profundizar los problemas etnológicos obteniendo para sus fines importantes informaciones en forma directa de los antiguos pobladores de la región, que lo han llevado a disenter en muchos aspectos con cuantos hasta nuestros días se han ocupado de los primitivos habitantes de esa misma zona.

Bien ha podido decir el doctor Escalada, que deja perplejo al estudioso cuanto se ha escrito en los últimos cincuenta años con pretensiones definitivas en lo que respecta al estudio de la lengua primitiva de quienes moraron en la Patagonia, por haberse manejado los autores aludidos con "pobres e imperfectos vocabularios de viajeros y exploradores de siglos atrás, desprovistos de seriedad

en algunos casos, de idoneidad en otros, y en los cuales se emplearon las más variadas formas gráficas, caprichosas e improvisadas, donde los yerros groseros saltan a la vista frecuentemente". También se lamenta el autor, de que existiendo "a millares los indios de la Patagonia, con plena y casi exclusiva utilización de sus lenguas primitivas", se haya prescindido de ellos, no obstante mantenerse en toda su pureza un rico caudal lingüístico que por esa circunstancia había quedado casi totalmente inexplorado hasta nuestros días.

Es indudable que la obra que reseñamos llamará justamente la atención de los estudiosos por la riqueza de sus informaciones y por la seriedad cómo ha sido planteado el problema, que el doctor Escalada ha denominado "complejo tehuelche" ya que no ha sido posible hallar —escribe— el verdadero término gentilicio con el que se conocían los habitantes que moraron en la Patagonia, durante el siglo XVI, en circunstancias que entraron en contacto con el hombre blanco. El autor ha podido comprobar, "que en general, con seguridad y unanimidad se distingue el complejo tehuelche como una individualidad étnica definida, jamás confundida con araucanos, ni fueguinos, ni con ninguna de las razas que rodearon su habitat en otros tiempos y de cuya existencia suelen guardar perfecta memoria" sus descendientes.

La obra que comentamos se divide en XVII capítulos, que vamos a enumerar: I, Importancia de estos estudios sobre el terreno: su urgencia; II, Delimitación de escenario; III, El complejo "tehuelche"; IV, Identificación y clasificación del complejo; V, La palabra "tehuelche", su significado y su contenido; VI, Guénema kéne, el componente septentrional; VII, Aóni-kénk, el componente meridional; VIII, Chehuache kénk, el componente occidental IX, El misterio o leyenda de los Awurwur; X, Estratificación étnica; XI, la llamada nación Pampa; XII, Comentarios al capítulo IV de Falkner; XIII, El grupo lingüístico Tshon de Lehmann-Nitsche; XIV, Comentarios al "Grupo lingüístico het de la Pampa Argentina" de R. Lehmann-Nitsche; XV, Clasificación étnica según Cox y Musters; XVI, Observaciones a un árbol genealógico; XVII, El meteorito de Káperr Káike.

Como Apéndice a la obra se incluye: "El problema aborígen en la zona militar de Comodoro Rivadavia: bases para su solución, síntesis de conceptos fundamentales", del que es autor el doctor Escalada.

La obra lleva un prólogo firmado por I. S. de E. P., en donde se da noticia de la fundación del Instituto Superior de Estudios Patagónicos con referencias biográficas del doctor Escalada y su actuación en Comodoro Rivadavia y zona circundante; y una presentación del profesor Milcíades Alejo Vignate, en donde se valoriza la importante contribución del autor, de quien dice que "bastaría este descubrimiento del indígena Chehuachekénk" para que su nombre "quede ligado para siempre al del conocimiento etnográfico de esos lugares, como ha quedado el de Harrington al describir al Günuna-küne. Y este doble prodigio ha sido logrado con el estudio de un puñado de personas en trance de extinción absoluta, subsanando la lamentable omisión de quienes los trataron por millares".

Bien venido sea el doctor Escalada al campo científico en donde se inicia con éxito y en donde especialistas como el profesor Vignati, no han titubeado en señalar con simpatía el aspecto original y constructivo de su obra. Mucho esperamos de quien con tan óptimos frutos inicia su cosecha que brinda con modestia no común abriendo un ancho horizonte a los estudios a que ha sido consagrado su valioso libro.

DANIEL CAMACHO GONZÁLEZ

JOSE DE TONQUEDEC. — *La Obra de Paul Claudel*. (Traducción de M. E. Ferreyra). Editorial Excelsa. Bs. Aires. 8º - 148 pp.

Por fin, después de 32 años, nos llega la traducción y por cierto excelente de este libro. Obra básica porque es el primer trabajo serio sobre el poeta y también porque junto con el de Jacques Rivière y Jacques Madaule integran la triada crítica más objetiva que conozco.

En 1917 era arriesgado dar un espaldarazo al multiforme Claudel. El jesuita Tonquédec se atrevió a hacerlo, quizás por sentirse seguro en la torre de sus ideas y acaso también porque no era poeta. Y esto no lo digo por llenar espacio! Si hay un defecto en el uberoso libro es su excesiva intelectualidad. El Tonquédec de la teología y Filosofía no ha renunciado a sus moldes. A veces se olvida que trata con el ser más inaprensible y fugitivo que es todo poeta. ¡Más orden, más lógica, más reglas, menos libertad! ¡Pobre poeta! ¡Qué bien lo dijo el mismo Claudel:

"O mon âme, il ne faut concerter aucun plan! ô mon âme sauvage, il faut nous tenir libres et prêts,

Comme les immenses bands fragiles d'hirondelles quand sans voix retentit l'appel automnal!

O mon âme impatiente, pareille a l'aigle sans art! comment ferions nous pour a juster aucun vers? à l'aigle marin qui ne sait pas faire son nid même!

Que mon vers ne soit rien d'esclave! mais tel que l'aigle marin qui s'est jeté sur un grand poisson.

El l'on ne voit rien qu'un éclatant tourbillon d'ailles et l'éclaboussement de l'écume!

(Odes, 17)

Tonquédec no parece tener en cuenta que la unidad del poeta hay que buscarla en el mundo psicológico.

Pero no está bien comenzar una crítica por el aspecto menos feliz sobre todo cuando esto es mínimo.

Por otra parte ¿quién duda que la oscuridad de Claudel es a veces una imperfección lamentable? En estos casos el defecto no puede disimularse con decir que se trata de un genio. Aquí estoy con Tonquédec y por supuesto también en lo que sigue.

El hecho de aprehender casi exhaustivamente Paul Claudel, asirse dentro del mar revuelto de su poesía y dramática a cinco peñascos capitales constituye ya un triunfo. Esos cinco capítulos nos guían como de la mano hasta las profundidades de su alma.

Claudel es ya en sus comienzos un enamorado de la naturaleza. Vive y navega a sus anchas en el universo. Dialoga con él, lo interroga y lo escucha. En cierto modo lo crea al penetrarlo con su amor y con su verbo:

"Ainsi quand tu parles, o poète, dans une enumeration delectable

Proferant de chaque chose le nom,

Comme un pere tu l'appelles mystérieusement dans son principe, et selon que jadis

Tu participas a sa creation, tu coopères à son existence!

(Odes, 30)

Sumergido en esa naturaleza, le queda poco tiempo para bucear hondo en su interior. Sus ojos son, como los del chico, devoradores curiosos de objetos; y como los suyos los de sus personajes.

Con "Partage de midi" y sobre todo con "L'Otage" y "La annonce faite a Marie" Claudel llega a su mayoría de edad. Se hace más serio, más reflexivo; las almas se le entregan. El sabe contemplarlas y manifestarlas a los demás. Las almas concretas lo impresionan; su destino, el fin del hombre y su sumisión al plan de la Providencia son temas continuos de sus dramas.

En el intrincado mundo de los seres, Claudel se abre paso, encuentra lo que Marcel llama "l'ouvert" de las criaturas. Sus pies llegan a la puerta que entreabren las cosas, hacia la luminosidad de Dios; sus oídos escuchan ese "no se qué que quedan balbuciendo" en S. Juan de la Cruz.

Claudel se encuentra en el término de la creación casi tocando los umbrales de Dios. De aquí el carácter católico, universal de su obra: Desde arriba las distancias disminuyen, los puentes se estrechan.

Dije que estaba en el término y casi tocaba los umbrales, y es verdad. Aunque se une a herejía entre los claudelianos, Claudel es sensualista espiritual; las dos cosas, por supuesto, pero con predominio de la primera. Lo sensible lo ata ferozmente. Su íntimo J. Rivière alaba su "sensualidad", su "pensamiento sensual".

La sumisión a lo sensible no deja de enriquecerlo; lo hace fuertemente realista, concreto y lúcido. En Claudel tocamos las cosas y ellas nos penetran por todos los sentidos. Pero le quita elevación. En este aspecto F. L. Bernárdez lo supera; tomemos al azar dos poesías: "San Pedro" de Claudel y "San Francisco" de Bernárdez. A San Pedro lo vemos cabeza abajo y piernas arriba, oímos su respiración entrecortada y el salpicón de la sangre contra el suelo; saboreamos la aridez de su lengua, lo palpamos por todas partes. Es indudable: ahí está el Príncipe de los Apóstoles. Inconfundiblemente es él y nadie más.

San Francisco también es el Poverello; está bastante singularizado para reconocerlo, pero con qué rasgos. Es S. Francisco, pero también es el alma de todo hombre que ansia a Dios, que se sumerge en humillación, que reconoce las sonrisas del Obrero Divino en las criaturas, que se aproxima a él por el amor.

Los dos poetas participan de las cosas y de Dios; pero, estando ubicados en distintos peldaños, uno mira más a las criaturas, el otro tiene los ojos fijos en Dios. Dentro de su catolicismo íntegro, Claudel es más sensualista, Bernárdez, más espiritualista.

En el autor de "L'annonce..." se nota el esfuerzo por una liberación de lo material. Sin embargo "Le soulier de satin", síntesis de toda su vida, desmiente la realidad de una independencia absoluta. Su símbolo es siempre demasiado plástico y tangible.

Con Tonquédec repetimos: "Claudel no es de ninguna manera materialista de idea, pero el materialismo artístico, precio de uno de sus méritos más ciertos, es una de las tentaciones perpetuas de su ingenio. Confesemos que ha sucumbido a ella algunas veces".

En el Capítulo IV hace el autor una apreciación de Claudel, crítica objetiva si se prescinde de lo que señalé al comienzo. Quizá también ese primitivismo claudelaiano que condena Tonquédec, sea una nota significativa y feliz del poeta. La poesía actual, como la filosofía, vuelve a lo primitivo. Es un volver consciente y maduro. Se recorren de nuevo las sendas de los antepasados, pero no con sus ojos infantiles, sino con seriedad intelectual y viril.

De ahí que Claudel propugne el realismo filosófico como anota Tonquédec en el capítulo V. Se ríe de las categorías de Kant y del craso empirismo. Es sanamente existencialista. Define su yo no por la sola existencia, sino por su comunión íntima con los seres. Dios es el correlativo del hombre. En este sentido su "Arte poética" tiene páginas magníficas. En ellas aparece Claudel enamorado del universo, la morada que Dios le ha deparado. Sueña con unificarlo todo y entregarlo a los hombres. Se siente sacerdote entre Dios y el mundo.

Claudel es también teólogo a su manera, como puede serlo un poeta: No traerá pruebas, no nombrará, quizá, tal o cual misterio, pero la religión está allí bajo las respiraciones serenas del amor o el trepidar de una pasión vehemente.

No concibe a la poesía sino dentro de la religión y concretamente imbuída de catolicismo. Sus cartas a J. Rivière lo repiten sin cesar.

Esta concepción apostólica de la poesía es su ideal y debemos afirmar que lo ha realizado plenamente.

PEDRO M. FUENTES, S. J.

ULDARICO URRUTIA, S. J. — *El púlpito colombiano*. Editorial Poblet. Buenos Aires. 1949. 8º - 210 pp.

No son frecuentes en nuestros días, las ediciones de libros como el presente. Parecería que ya se pasaron los tiempos en que las grandes ediciones de la "Biblioteca selecta de predicadores", del "Púlpito americano", o de la "Novísima biblioteca de predicadores" traían en apretadas páginas, las obras de los grandes oradores que ha tenido la Iglesia en los tiempos modernos, junto, a veces, a otros de escaso valor literario y doctrinal.

El libro del P. Urrutia pretende demostrar que esos tiempos no se han pasado. En las tres partes de su libro, presenta una serie de piezas de oratoria sagrada, sermones y panegíricos, agrupando en la primera que intitula Tríptico de la Pasión, un sermón de las siete palabras, del Crucificado, de la Soledad y de los Dolores. En la Trilogía Eucarística, tres oraciones a sacras sobre el misterio eucarístico, y en la tercera una serie de panegíricos.

Tres fines se propone el autor: prestar en primer lugar a los sacerdotes, alguna utilidad en el misterio de la divina palabra; fin estupendo, pero cuyos medios podrían discutirse, dado que ningún sacerdote hoy día acude a sermonarios para salir de sus apuros sino más bien a libros doctrinales, donde suscitadamente pueda encontrar, en puntos breves y precisos y sin necesidad de digerir la amplificación a que hay que someterse necesariamente en los discursos y sermones, la palabra alentadora de Dios y de la Iglesia. ¿Y para los seminarios? Su provecho lo ha de discutir el profesor de retórica.

El autor ofrece el libro "a todas aquellas personas que gustan oíarse con piadosas lecturas"; a pesar de que no exista casi nadie que acuda a sermonarios para asimilar en la lectura, las eternas verdades del cristianismo. Respecto de la dedicatoria que hace el autor, de su obra a los aficionados a las letras, creo se puede afirmar que en él se "encuentra algo que complace el gusto literario y el deseo de cultivar las galas del buen decir y el arte de la oratoria"; aunque con un sabor clásico para el que desgraciadamente el agitado lector de nuestras ciudades no tiene tiempo ni ánimo. El P. Urrutia domina la lengua castellana, y la domina con suficiencia. Unido esto a la seriedad y unción con que desarrolla sus

oraciones, sobre todo en las dos primeras partes, puede presentarse su obra como un nuevo testimonio de la cultura y de la piedad cristiana en nuestros tiempos, sin llegar con todo a la altura a que llegan el Padre Riquet, en el planteamiento decidido y severo de los grandes problemas que agitan al hombre de hoy en día.

ROBERTO BRIE S. J.

JESUS MUÑOZ S. J. *¿Cómo nació la vida?* Universidad Pontificia de Comillas - Santander 1949, 8º - 86 pp.

Este libro abre una nueva serie de publicaciones hechas por la Universidad de Comillas, cuyo fin es sintetizar los conocimientos y adelantos efectuados en las distintas ciencias y artes. Se dirige a personas de estudio, catedráticos, profesionales, sacerdotes, investigadores, que generalmente carecen de tiempo para profundizar otras materias fuera de su especialidad.

Logra ampliamente su cometido pues en 216 páginas presenta una completa síntesis de las posiciones científicas que los investigadores han ido tomando frente al problema del origen de la vida.

¿Cómo nació la vida? se preguntaron Haeckel, Loeb, Pasteur, Huxley, Virchow, al unísono con miles de sabios, y siguiendo el ritmo de sus descubrimientos las respuestas discreparon. Desde la generación espontánea con su conjugado de azar y casualidad hasta el huero invento del "antichance" o antiprobabilidad, nuevo refugio del agnóstico-positivista que no quiere aceptar la evidencia de un Creador personal, reciben su justa apreciación en este libro. Y el autor no juzga a priori, sino examina y urge hasta sus últimas consecuencias las encontradas opiniones; realiza en cinco capítulos este trabajo.

En el primero expone las conclusiones a que el monismo materialista llegaba en las 30 tesis presentadas por Haeckel al X Congreso Internacional de Librepensadores. Pretende Haeckel que "la ciencia moderna tiene que rechazar toda creación del mundo así como la hipótesis mística de un Dios personal que ha creado todo de la nada... Esos son los resultados objetivamente reconocidos por la ciencia moderna".

Inducido por esta afirmación haeckeliana el autor analiza en los siguientes capítulos los hechos comprobados por esa ciencia moderna. Concede a las teorías materialistas todo cuanto no repugna a una lógica elemental y adopta la posición más favorable a esas teorías cuando las posibilidades se bifurcan.

Abiogénesis y archibiosis a una con las teorías de las esporas viajeras llegadas en viaje etéreo desde algún otro astro, descubren en el segundo capítulo su precaria fundamentación en hechos científicamente comprobados.

La mecánica cuántica y el indeterminismo físico-químico acuden luego para explicar el misterio en el tercer capítulo del estudio. ¿La vida del primer gene, cuya estructura molecular es semejante a la de los cuerpos isómeros, no pudo haber brotado de la materia inorgánica?... ¿y el primer cromosoma?...

Análogas preguntas respecto de los protozoarios, bacterias y ultravirus van recibiendo su respuesta en el cuarto capítulo.

Una cosa es la contextura molecular semejante o igual a la obtenida en tubos de ensayo y otra es la actividad propia de esa substancia animada ya por el

soplo vital. Y esa actividad específica del ser vivo nunca se obtuvo en el laboratorio y a veces ni se explica por las leyes ordinarias de la física o química.

Vigilada y acondicionada por el científico en su gabinete, la materia inorgánica no tiene potencialidad para producir la vida; pero allá en los albores del planeta, entre la inhospitalidad de un paulatino enfriamiento, entonces sí, la materia se superó a sí misma y produjo el primer viviente, la primera célula.

¡Y qué célula! Ella sola pudo engendrar las células animales y vegetales en su diversidad abrumadora.

¿Cómo se explica esta polivalencia nunca jamás reproducida? ¿Y dónde queda la lógica en este efecto que supera totalmente a su causa?

Al plantearse esta cuestión expone el autor en el último capítulo la opinión concorde de la Ciencia y el Dogma sobre el origen de la vida. Sólo un Ser superior pudo infundir a la pura materia ese soplo divino que es la vida.

Tal es la opinión a que han llegado o están llegando aún los más reacios abiogenistas que se atreven a mirar de frente los hechos y sacar de ellos las rectas conclusiones.

Mucho hay, con todo, de oscuro en el modo y circunstancias cómo Dios en la alborada de los tiempos creó la vida, y tan probable es que la mente humana llegue a conocerlo como que lo vislumbre siempre entre las penumbras de un interrogante.

Ambas probabilidades acepta la Iglesia. Ella es depositaria de la Revelación y sólo afirma como innegable lo que el mismo Dios se dignó revelar. En lo demás, bendice el tesón incansable de los científicos empeñados en dilucidar la verdad y los anima en las continuas investigaciones, segura de que todo verdadero descubrimiento no hará sino corroborar la verdad que ella posee e interpreta por derecho propio.

Tal es el presente estudio del Catedrático de la Universidad de Comillas, Jesús Muñoz S. J. Completo en su sencillez y fácil en su lectura, proporciona a los espíritus ávidos de investigación una extensa bibliografía hábilmente utilizada en el transcurso de la obra.

RAFAEL AGUILAR, S. J.

P. CALIXTO SCHINCARIOL S. D. B.: *Restauración Cristiana*: (Doctrina social de la Iglesia) para 5º año de los Colegios Nacionales, Liceos, Comerciales, y 6º año de las Escuelas Normales. Editorial Apis. Rosario 1949, 8º - 271 páginas.

El R. P. Calixto Schincariol S. D. B. ha emprendido la no fácil tarea de desarrollar, en la obra cuya crítica elaboramos, el programa de religión correspondiente al quinto año de los Colegios nacionales y afines.

De ardua hemos calificado esta labor, pues es un trabajo de síntesis y de exposición que ha de reunir cualidades nada vulgares, para lograr su objeto, que es presentar en forma asequible a la par que grata, la doctrina social de la Iglesia, a los alumnos que están terminando sus estudios secundarios.

Merece el autor del libro el aplauso de los apóstoles sociales, por su innegable entusiasmo en razón de difundir los grandes principios de la sociología cristiana; entusiasmo que se transparenta en cada página y que es comunicativo.

No menos plausible es su labor, por los hermosos trozos de lectura que ha recopilado y ordenado al final de cada capítulo; como también por los grabados de los grandes sociólogos católicos y acatólicos, con que ha enriquecido el texto, haciéndolo atractivo y novedoso.

No deja de llamarnos la atención el nítido paralelo, que entabla, a dos columnas al pie del dibujo de Carlos Marx (pág. 249): entre marxismo y catolicismo:

MARXISMO

CATOLICISMO

Todos proletarios	Todos propietarios
La tierra del Estado	La tierra es de quien la trabaja
Dictadura proletaria	Democracia cristiana
Lucha de clases	Colaboración de clases
Los hijos son del Estado	Los hijos son de Dios y están confiados a los padres.
Esclavitud del individuo	Libertad del individuo.
Divorcio y amor libre	Matrimonio cristiano y consolidación del hogar.
Odio, revolución, matanza	Paz, concordia, amor.
El Estado es todo; todo para él	El Estado es el servidor de sus súbditos.
Constricción, violencia	Convicción.
Con la muerte todo acaba	Con la muerte comienza la vida.

Claro está, que este paralelo, necesita la explicación del profesor, para aquilatar algunos términos y asertos, que se podrían prestar a equívocos.

Lo más valioso del libro, a nuestro modo de ver, atendiendo la finalidad del mismo, son las recapitulaciones que hace el autor de las ideas fundamentales; resúmenes de los que podrá asirse el alumno para retener los principios, que en el cuerpo de la obra se han explicado, no pocas veces, de una manera difusa.

Felicitemos al P. Schincariol, por haber recurrido con frecuencia en sus citas, a un sociólogo y jurista de tanta solvencia científica, como es Luis Taparelli D'Azeglio, cuya obra famosa: "Saggio teoretico di Diritto Naturale" fué recomendado repetidas veces a los jóvenes por S. S. Pío XI, quien la tradujo al alemán, cuando sólo era Mons. Achille Ratti.

Con no menor complacencia vemos el grabado de aquel consejero de León XIII; José Toniolo (pág. 169), el piadoso y distinguido profesor de la Universidad de Pisa; el iniciador de las Semanas Sociales en Italia y el fundador y teorizador de la Democracia cristiana. Pero echamos de menos, en la bibliografía algunos nombres que, en cierto modo, ya son clásicos, en la sociología católica: Pesch Enrique; Meyer, Vermeersch; Muller; Arendt; D'Alés (D. A. F. C.); Vacant (D. T. C.) Leclercq; Fallon; Cavallera; Von Nell Breuning; Du Passage; Belliot; Valensin, Antoine.

El P. Schincariol dice en el prólogo: "Se observaba a Religión y Vida (que se puede considerar como la primera edición de la presente, decimos nosotros) que, si bien su contenido era excelente y su lenguaje conciso, festivo y original, carecía de arte y forma didácticas, por lo que se hacía difícil —si no imposible— al alumno retener y referir, en lenguaje propio, cuanto aprendía".

Es verdad: "Restauración Cristiana" significa un avance respecto de "Re-

ligión y Vida", pero creemos hacer obra de crítica constructiva al aseverar que aún le falta no poco trecho para llegar a la meta deseada: responder con claridad, precisión y galanura a las exigencias del programa, cuyas líneas generales no dudamos en alabar.

Bien se puede hacer un texto, de sociología, al estilo del de Llovera (El P. Palau decía que era el mejor que conocía), tomando como ejes las cuatro causas aristotélicas.

Al P. Schincariol le toca, ya que ha dado el paso inicial, la misión de obsequiar a los alumnos y profesores un libro más didáctico y más compendioso.

MARCOS R. PIZZARELLO S. J.

FERNANDEZ MORENO, *Parva*. Editorial Guillermo Kraft. Buenos Aires, 1950. Fol. — 312 pp.

Una vez más, recordamos instintivamente aquella frase de Virgilio "Pulchrior et veniens in corpore pulchro", "su alma era tanto más bella por cuanto se hallaba en un cuerpo bello".

En nuestro caso, las poesías de Fernández Moreno son el alma; la presentación tipográfica, por obra de la Casa Kraft, es el cuerpo.

¿Cuál supera a cuál? No es fácil decirlo, ya que el cuerpo, la materialidad, además de esa alma, tiene su propia alma. Aunque sus páginas contuvieran ningún texto, esas páginas serían objeto de aprecio y de admiración, por la calidad del papel, por el suavísimo color del mismo, por las cenefas u orlas, por las viñetas. Aun los libros en blanco, publicados bajo el signo Kraft, son obras de arte.

Pero es en el connubio de esa alma, con el alma del texto, que las publicaciones de Kraft adquieren esa fuerza y esa belleza, esa armonía y esa sofrosine, singulares, singularísimas, que han pasado ya a proverbio esto es, son la voz cantante de cuantos entienden en libros.

Y es (¡qué desgracia!) después de estos espontáneos y justicieros elogios que la tapa misma nos conturba, por el ininteligible título del libro, que allí vemos estampado, con bellísimos caracteres y por el precioso dibujo a pluma que llena esa tapa, pero cuyo autor nos es desconocido. ¿Por qué llamarse *Parva* si no hay una alusión siquiera a la alfalfa o a la paja de las cosechas? Una *Parva* puede ser un motivo de inspiración, y hasta un poeta puede considerar su tomo como una parva, a donde busca alimento el ganado y sobre el que saltan las gallinas y en cuyas entradas o huecos van los niños a buscar los frescos huevos. Pero llamarse *Parva* y estar el título debajo de una visión, no de campo, sino de elegante y florido parque, es un contrasentido.

Todo esto hemos escrito, suponiendo que parva significa parva, aunque en la intención del autor (creemos deducirlo con fundamento) parva no significa parva, sino "cosas pequeñas". Es el nominativo del plural, terminación neutra, de *parvus*, *parva*, *parvum*. ¿No es esa la mente del autor?

EL TUCO.

Punta de flecha, estrella errante:
si me dices quién eres, tal vez te cante.

UNA CABRITA.

Una cabrita sola ha pintado la sierra.
Una cabrita sola, y embellece la tierra.

MENDOZA.

Mendoza es un tonel
con un fleje de plata: el río Atuel.

CHILE.

Bío - Bío - Bío - Bío
¿eres un pájaro o un río?

Estas, y otras no pocas composiciones, justifican el título de parva, aunque si todas fueran tan microscópicas, el volumen habría de llamarse Parvissima.

Pero no todas son tan parvas, antes las hay asaz magnas, como las "Octavas reales a Pepito", preciosísimas por cierto, y el poema "A una sombra", dividido en doce partes.

El título es, pues, indeciso e impreciso, y también lo es el autor: "Fernández Moreno". ¿Por qué no darnos su nombre de Pila? Aun más: es Fernández Moreno, padre, o Fernández Moreno, hijo? ¿No son poetas ambos de ellos?

Por fin la preciosa ilustración de la tapa. ¿De quién es? No se dice, ni al pie de la misma, ni en la introducción, que no existe, ni en el colofón, tan informativo.

Y pasemos a la carátula. ¡Toda una obra de arte! Aún lo sería más si la palabra principal de aquella, la voz *Parva*, estuviera más alejada de la línea que le sigue, y que dice: Xilografías de Víctor Delhez.

Pero esa carátula es bellísima, no obstante este posible lunar, que tal vez otro califique de acierto artístico.

Lo que no creemos que puede calificarse como un acierto es que Delhez: todo fuerza, vigor, dureza, pesadez, haya querido ilustrar las poesías ligeras, rápidas, volátiles, aéreas de Fernández Moreno. Ni el temple de Delhez artista soberano, ni el procedimiento xilográfico, siempre más grueso, más duro, más fuerte, condicen con el temple de la poesía lírica y, sobre todo, de la poesía cuasi anacreóntica, que es la que predomina en este volumen de Fernández Moreno.

Pero prescindamos del hecho de que estas xilografías ilustren o pretendan ilustrar las poesías de Fernández Moreno. En sí mismo consideradas, son deliciosas. Son siete en número: el *Pozo*, donde los detalles dejan perplejo al que lo examina; *Parque Lezama*, donde jarrones floridos y palmeras esbeltas cautivan; *Inminencia*, cuyo significado no hemos adivinado; *Mar de Otoño*, que nos parece insuperable en cuanto al sereno vuelo del albatros; *La Anunciación*; *Isla Madera y Niebla*. En estas dos postreras xilografías Delhez se revela de cuerpo entero. Delhez es Delhez. Delhez es el genial artista que ilustró el Nuevo Testamento de Réboli. Es el mismo.

¿Qué pensar de Delhez en *La Anunciación*? Si hay un hecho público, que ha contado con la simpatía de miles de pintores, es ciertamente la Anunciación, pero nadie la había concebido y realizado como Delhez. ¿Mejor o peor? Sería difícil fallar, si lo uno u lo otro. Es originalísimo y tal vez sea tal, porque es precisamente el menos original, en cuanto la realidad debió de parecerse a la realidad que nos ofrece Delhez. Pero habíamos poetizado, por una parte, ese hecho y la piedad cristiana la había ascetizado tan extraordinariamente que resulta chocante el cuadro de una niña, harto feota de rostro, con toca monjil, vestida de negro, sentada tranquilamente en su silla, con una mano apoyándose en algo que no se vé y tapándose, con la otra, la boca. Por una ventana abierta, viene

volando un ángel, que tiene poco de ángel y mucho de mozo patudo, y que acaba de lanzarse desde el trampolín a una invisible pileta.

¿Qué hay que pensar de esta xilografía? Los juicios serán muy divergentes y muy contradictorios, pero nos antoja que es genial. La posición, la mirada, la actitud de Nuestra Señora, entrañan un sentido profundísimo del misterio de la Encarnación. Cuanto más se contempla ese cuadro, la admiración del observador va creciendo, hasta llegar a una plenitud de estupefacción. Hay que prescindir de los pormenores que podríamos calificar de excesivamente realistas y apreciar el cuadro en su conjunto. Si de lo sublime a lo ridículo no hay sino un paso, también es cierto que de lo ridículo a lo sublime no hay sino un paso, y creemos que Delhez ha sabido dar este paso, no aquél.

Son de don Alberto Kraft las viñetas que hay al final de muchas de las poesías. No son garabatos intrascendentes. Es fácil ver la relación entre esos rasgos de gruesa pluma, y los motivos poéticos, como las alas que llenan la página en que está el soneto a "La Anunciación", el frontón que apenas está indicada al final de la poesía que se refiere a José Manuel Estrada. Son las líneas básicas del edificio de la Escuela Estrada. Las torres del Santuario, al pie del soneto Luján, etc. El esbozo es tan tenue, los detalles son tan escasos, que para la mayoría de los lectores, esos trazos nada dirán. Ellos son, sin embargo, en todos los casos, un rasgo de belleza, y tanto mayor por cuanto están impresos con el color ocre de la cenefa o guarda o filete triple que enmarca el texto, en todas las páginas del volumen.

De las poesías del mismo, huelga el decir que las hay regulares, las hay buenas y las hay excelentes. Excelente es "Tilos de la Calle 7", excelente es el "Romance de Río Ceballos", excelente es "Tandil", excelentes las ya recordadas "Octavas Reales a Pepito", aunque esa "cristalina" de la primera de ellas es un ripio de mala ley, excelentes los "Anales del Jardín", excelente "Eucaristía"... Hemos dicho que algunas son regulares, pero después de hacer el aserto, no hallamos cómo probarlo.

Versos de Fernández Moreno: diagramación, viñetas, impresión y encuadernación Kraft. Pulchrior et veniens in corpore pulchro.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

JOSE MARIA MARTIN. *Apuntes sobre la Fe. Texto para primer Año*. Buenos Aires, 1950. 8º - 64 pp.

Se trata de un texto escolar, que supera la mayoría de los textos escolares, por su claridad, por su precisión, por adaptación. El autor merece un efusivo aplauso por su labor, ya que ésta es altamente meritoria. Abundan, es verdad, los textos sobre esta materia, pero no poseen las dotes de éste, no obstante ser mucho más extensos que éste y más pretensiones que éste. Creeríase que el señor Martín no es un teólogo, sino un maestro, no es un sabio, sino un pedagogo, no es un especialista sino uno de esos que no salen del "librillo", pero que conocen a fondo ese librillo y conocen la capacidad intelectual de los alumnos.

Dijo Bacón que los hombres de talento mediocre eran los mejores maestros. Ciertamente son los autores de los mejores libros de texto. ¡Librenos Dios de lo que escriben los sabios! Es que los sabios se van *übergan*, quedando los alumnos en ayunas, mientras los no sabios, pero tampoco sonsos, van *untergang*. Pero dajando de lado la terminología, ese *ir por arriba e ir por abajo*, y hablando en

castellano, gran parte del éxito de un texto está en saber su autor encaminar sus pasos, no a la altura, do están los sabios, sino a la bajura, do están los que han de aprovecharse del texto.

Observamos, sin embargo, una seria falla pedagógica en este texto: la discordia entre las preguntas y respuestas, y el haber abandonado las definiciones del Catecismo. ¿Por qué hacer aprender dos definiciones? ¿Por qué no armonizar pregunta y respuesta? Qué es tener fe? Tener fe es creer en Dios y en todo lo que Dios ha revelado, y creerlo porque Dios lo ha revelado".

Eso enseña el Catecismo y eso enseña la Pedagogía.

"¿Qué es fe? —pregunta el autor de estos Apuntes y responde que: "Llamamos fe a la creencia que tenemos en lo que nos dicen personas que nos merecen crédito".

Prescindamos de los conceptos y veamos el error pedagógico. Si la pregunta es "¿Qué es fe?", la respuesta pedagógica es "Fe es la creencia... etc.", y si la respuesta es "Llamamos fe a la creencia... etc.", la pregunta lógica y pedagógica habría de ser "¿A qué cosa llamamos fe?".

Ya en la breve introducción, advertimos la anarquía pedagógica: el primer párrafo comienza así: El profesor acostumbrado a los excelentes textos... El autor escribe para quienes están lejos de él... pero el segundo párrafo comienza así: "Quizás usted también, estimado colega..." de donde resulta que los profesores están al lado del escritor. Son fallas de perspectivas intelectual.

Pero felizmente son sólo de esta índole las pocas fallas que hemos notado, aunque hay una histórica. ¿Rivadavia, entre los católicos prácticos? —Oía Misa, es verdad, y hasta hacía Ejercicios Espirituales, pero eso fué antes de ir a París y antes de intimar con Destutt de Tracy, y antes de enamorarse del amoral Holbach. Después de 1820 no fué ni católico, cuanto menos católico práctico.

Pequeñas fallas son éstas que esperamos corregirá el autor en otras ediciones, y esperamos también, y deseamos, que distinga con otro cuerpo de letra lo que es texto y lo que son los comentarios.

ULISES CASAS.